

## MATZBACH Y UN PAR DE BUENISTAS

La muchedumbre de los creyentes tenía un corazón y un alma sola, y ninguno tenía por propia cosa alguna, antes bien lo tenían todo en común... No había entre ellos quien pasara necesidad, pues cuantos eran dueños de haciendas o casas las vendían y llevaban el precio de lo vendido y lo depositaban a los pies de los apóstoles, y a cada uno se le repartía según su necesidad. Pero un hombre llamado Ananías, con Safira, su mujer, vendió sus bienes y se quedó con parte del precio, sabiéndolo también la mujer, y llevó el resto a depositarlo a los pies de los apóstoles. Pero Pedro dijo: Ananías, ¿por qué se ha apoderado Satanás de tu corazón, moviéndote a engañar al Espíritu Santo, reteniendo una parte del precio del campo?... Cuando Ananías oyó estas palabras, cayó y entregó el espíritu. Se apoderó de cuantos lo supieron un temor grande. Luego se levantaron los jóvenes y... lo llevaron y le dieron sepultura. Pasadas como tres horas entró la mujer, ignorante de lo sucedido, y Pedro le dirigió la palabra: Dime si habéis vendido en tanto el campo. Dijo ella: Sí, en tanto; y Pedro le dijo: ¿Por qué os habéis concertado en tentar al Espíritu Santo? Mira, los pies de los que han sepultado a tu marido están ya a la puerta, y esos te llevarán a ti. Y ella cayó al instante a sus pies y entregó el espíritu...

*Hechos de los apóstoles, 4,32—5,10*



## Matzbach y un par de buenistas

—En realidad fue muy sencillo —Baltasar Matzbach contempló el creciente montón de billetes—. De todos modos era evidente.

Tutzing interrumpió el conteo del dinero y parpadeó mirando a Matzbach:

—¿Se siente usted pagado en exceso? ¿Quiere que pare? No hay problema...

—Nadie está nunca pagado en exceso, salvo casi todos —Baltasar sonrió—. Así que no se detenga. Además, como dice esa hermosa expresión, *pacta sunt servanda*.

—La última vez que la oí fue al viejo Francisco José.

—¿Ha tenido que pagarle a menudo?

—No habría podido permitírmelo. Ni hubiera querido.

—¿No? ¿Como jurista? ¿O como diputado regional cristianodemócrata?

—Ni lo uno ni lo otro. Pero ¿por qué ha dicho que era evidente? Matzbach adelantó el labio inferior.

—Eso lleva más.

—¿Más que qué?

—Que contar el dinero.

—Puedo contar más despacio. O seguir escuchando después de contar.

—Los hombres muy ocupados no tienen tiempo —Matzbach rió entre dientes—. Eso dicen siempre, ¿no?

—No cuando se trata de la pasta —Tutzing suspiró ligeramente—. Veinte mil. Listo. ¿Entonces? ¿Por qué era evidente? Desde luego, no para la policía.

Matzbach contempló el montón de billetes de euro más o menos frescos.

—Hermosa visión. Sí. Es probable que también fuera evidente para la policía, pero no tenían ningún punto de partida. Palanca. Motivo.

—Y usted encontró un motivo. Está claro. Pero, ¿cómo llegó hasta él?

—Usted mismo me lo proporcionó —Matzbach sonrió levemente, se reclinó en el sillón de cuero del diputado y cruzó las manos detrás de la cabeza.

\*\*\*

Waldemar y Gunilla Tutzing estaban ambos al comienzo de la setentena, estaban sanos, en forma, y, sin ser ricos, estaban forrados. Su único hijo hacía carrera de tal modo que daba gusto verlo desde lejos y no encontrárselo demasiado a menudo. La casa en la periferia de Colonia —dirección Bergisches Land— podía parecerles a veces grande; al menos, eso le decían a los conocidos. Pero tampoco era tan terriblemente grande, también el jardín bastaba para un poco de actividad sin degenerar en trabajo, y Colonia, con toda su oferta cultural, de ocio y consumo, estaba a la vuelta de la esquina.

Así que, en principio, no había motivo para la desesperación, el hastío, y mucho menos los ataques de metafísica. Al menos esa era la opinión de Matzbach, que anunció sin cortes rodeos cuando Claus Tutzing le describió el caso hasta ese punto.

—Lo de la metafísica lo veo de otro modo —dijo Tutzing.

—Y tiene que hacerlo, como representante de la C mayúscula. ¿De la gran C? —Baltasar bajó la vista hacia sus pies—. Oh, digamos de la C profunda.

—¿Quiere que siga?

—Por favor, *please, s'il vous plaît*.

Tutzing acarició la pila de libros del escritorio de Matzbach con una mirada que podía esconder preocupación por su dudoso equilibrio, y acercó la silla un poco más a la ventana.

Matzbach sirvió más café; al hacerlo, manchó la carta de un viejo conocido al que Tutzing había presentado «como acreditador, si usted quiere».

—Su acreditación ya no es impecable —dijo—. Pero, ¿qué otra cosa se puede esperar de los políticos?

Tutzing se abstuvo de hacer comentarios y siguió hablando. A pesar de las sutilezas de usted, dijo, sus padres habían desarrollado hacia cerca de un año necesidades metafísicas, y se habían adherido a una nueva agrupación eclesiástica independiente. Matzbach renunció a decir nada en contra de ese «a pesar», que sólo habría sido admisible si los padres de Tutzing le hubieran consultado antes de unirse, adherirse o convertirse (¿pasarse?): una posibilidad que habría rechazado incluso de haberlos conocido.

La relación de Tutzing con sus padres era buena, pero laxa, como él dijo; se llamaban de vez en cuando y se veían en los cumpleaños y otras fiestas mayores. Sólo se había enterado de la nueva religiosidad cuando esta ya se había consumado con la adhesión.

—Ellos... bueno, no, mi padre, me llamó y dijo que quiere vender la casa; quieren mudarse a una vivienda más pequeña. De alquiler.

—¿Le sorprendió eso?

—De alguna manera, sí. Quiero decir, ellos no necesitan dinero para vivir... una buena pensión, reservas suficientes, así que, ¿para qué quieren vender la casa? Y, si van a hacerlo, ¿por qué no se compran una vivienda propia en su lugar?

—¿Les preguntó usted?

Tutzing pareció dudar un momento.

—Bueno —dijo entonces—, no tan directamente. La verdad es que no es asunto mío, y cualquier pregunta algo más... digamos: precisa, suena forzada, como si estuviera preguntando por mi herencia, ¿no?

Matzbach sonrió con suavidad.

—Cosa que, naturalmente, usted no pretendía en absoluto.

—Desde luego que no —Tutzing se pasó la mano por los labios—. En aquella ocasión, hablamos de esa secta. Es decir: mi

padre me habló de ella, pero no como si realmente quisiera hablar de eso, sino de pasada. Sonaba como si quisiera decir: seguro que tú no te lo tomas en serio, pero nos da igual; tampoco queremos hablar de ello. Sólo que lo sepas.

Matzbach cerró los ojos.

—«Quien me ame, dejará a su padre y a su madre y me seguirá», ¿no? O dejará a su hijo.

—No estoy especialmente fuerte en la Biblia, pero más o menos.

—¿Y después?

—Luego, quiso saber qué opinaba, como político, de la posibilidad de crear, en vez de los distintos grupos religiosos promovidos o tolerados por el Estado y sus caros edificios —iglesias, mezquitas, sinagogas, templos, lo que sea—, algo así como un panteón.

—¿Qué aspecto tendría eso?

Tutzing soltó una risita forzada.

—Me imagino que gigantescas catedrales, con un rincón para los católicos, los evangélicos, los judíos, los musulmanes, los hindúes y quién sabe quién más. Tendrían que turnarse, según quién estuviera de fiesta.

—Qué bonito —Matzbach sonrió—. La idea podría ser mía. ¿Y bien? ¿Qué le dijo usted?

—¿Qué se puede decir a una cosa así? Que no puedo manifestarme de forma relevante sin consultar antes a los responsables.

—Ah, sí, jerga política, ¿no? ¿Qué más?

Tutzing abrió los brazos.

—Bueno, eso fue todo.

—¿Qué quiere decir?

—No volví a saber nada de ellos... hasta, bueno, hasta el accidente.

—En el que no cree.

—Exacto. En el que no creo.

Se había encontrado el coche en el Bergische Land: al pie de una carretera provincial, junto al borde pedregoso de un arroyo. Al parecer, dijeron, el conductor había perdido el control del vehículo; el coche había roto la baranda del puente y se había precipitado a

veinte metros de profundidad. Ambos ocupantes —conductor y acompañante— habían muerto, probablemente, en el acto.

—¿Qué clase de coche era?

Tutzing adelantó el labio inferior.

—Él siempre tuvo un Mercedes... pero el coche era un Polo de segunda mano.

—Hum —Baltasar frunció el ceño—. ¿Todo vendido... casa y Benz?

—Así parece. Al principio la policía no quería hacer nada... un necio accidente, como suceden todos los días. Tuve que mover unas cuantas palancas para que prestaran algo más de atención al asunto.

—¿Y bien? ¿Qué resultó?

—Vendieron la casa y alquilaron una pequeña vivienda en Deutz, en las cercanías del cuartel general de esa secta. Tenían algunos cuadros y muebles caros... también los malvendieron, si no entraban en el piso. Y otras cosas... pieles, por ejemplo, y el Mercedes.

Matzbach se encendió un Macanudo; pasó por alto la expresión atormentada de su visitante. Después de haber dispersado la primera nube, dijo:

—¿Qué hicieron sus padres con la pasta? ¿Lo que yo me imagino?

—No sé qué se imagina, pero casi todo fue a parar a esos Nuevos Cristianos.

—¿Casi?

—Queda una cuenta... —Tutzing entrecerró los ojos—. Eso es algo que tampoco entiendo. Mis padres siempre tuvieron cuenta en el Dresdner Bank y en la Caja de Ahorros. Se quedaron con la que recibía el ingreso de la pensión, y cancelaron todas las demás. Pero en cambio abrieron otra nueva, en un banco pequeñito, en un pueblucho que hay pasado Aquisgrán.

Matzbach manoteó con el cigarro.

—En la margen derecha del Rin —dijo—, luego en Colonia, luego en la margen izquierda. ¿Allá donde no fueran a buscarles?

—Así parece. No tenemos parientes allí, y tampoco sabía que mis padres tuvieran amigos en la región fronteriza con Bélgica y los Países Bajos.

—¿Cuánto dinero aparcaron en esa cuenta en la frontera?

—Cien mil.

Matzbach silbó ligeramente:

—¿Euros o marcos?

—Euros.

—¿Y el resto?

—Según las investigaciones, algo más de un millón. Todo fue a parar a esa comunidad. Y antes de su muerte... semanas, en parte meses antes. Siempre que algo se liquidaba o vencía.

Matzbach y Tutzing discutieron un rato los resultados de la investigación oficial... hasta donde Tutzing había tenido acceso a ella. En total, no era mucho. Por la mañana sus padres habían estado en Colonia, primero en casa, luego en la casa de meditación de la comunidad. Después habían ido al Bergische Land, a visitar a viejos conocidos. En el puente había un par de huellas de frenada, pero no permitían sacar conclusiones inequívocas. Un campesino que estaba podando los setos en una ladera cercana dijo haber visto un coche azul grande que cortó el paso al Polo de los Tutzing y lo arrinconó, pero no pudo distinguir ni la marca ni mucho menos la matrícula.

—Así que podría ser —dijo Tutzing— que fuera intencionado. O el campesino es corto de vista, y todo fue realmente un accidente.

Matzbach tarareó para sus adentros; luego dijo:

—Moon, Bhagwan, Cienciología, ¿algo así? ¿Le sacan la pasta a sus confiados neófitos y luego los matan? Pero ¿para qué?

—No tengo ni idea —Tutzing apoyó un dedo en la nariz y respopló—. O... Hubo un par de alusiones necias.

—¿De quién? ¿Y por qué necias?

—Se supone... figura así en los documentos de la investigación, pero tampoco sé... Bueno, sea como fuere, uno de los de esa tropa dijo que era el justo castigo de Dios..., bueno, de la divinidad, esos no entienden de sexo en el más allá. Bueno, pues el justo castigo de la divinidad por haberse quedado con una parte del dinero, en vez de entregarlo todo.

—¿Quiere eso decir —dijo Matzbach— que conocían la existencia de la cuenta secreta?

—También podría significar que, sencillamente, calcularon el valor de la casa, el coche, etcétera, y pensaron que la suma tenía que ser superior a la que finalmente había llegado a la caja comunitaria.

Matzbach se rascó el cogote.

—Qué bien. Todo se supone, probablemente, de alguna manera... ¿qué piensan los investigadores? ¿A modo de resumen?

Tutzing dio unos golpes en el voluminoso sobre que había depositado junto a su taza de café.

—Todo está aquí, en copias. No debería haberlo hecho, pero... —se encogió de hombros.

—¿Puede resumirlo? Quizá se me ocurra alguna otra pregunta que poder plantearle ahora, y no después, cuando ya no esté aquí.

Tutzing asintió.

—Ya veo. Bien, en pocas palabras: todo se considera dudoso. Se recomienda observar con mayor atención a los Nuevos Cristianos. El accidente, dicen, pudo haber sido arreglado, y la avaricia de esa gente... Entre el lavado de cerebro y el lavado de dinero, cabe imaginar cualquier cosa. Se sugiere ocuparse de la cuestión de qué ha ocurrido con toda la pasta. Pero hasta ahora ningún juez ni fiscal ha opinado que, digamos, haya indicios suficientes para una investigación de mayor alcance.

—¿Y usted, como superviviente? ¿No puede lograr nada con sus relaciones? ¿Presentar una denuncia?

Tutzing gruñó.

—Lo haría si viera aunque fuera algo más que una mínima oportunidad. Yo, bueno, como político, eh... tengo que moverme en estas cosas... digamos que con cautela.

—Y sus padres... es decir, su padre, que fue con el que habló por última vez, ¿realmente no dijo nada más?

—Sólo esa estúpida consulta del panteón, nada más.

Callaron un rato; por fin, el diputado dijo:

—Luego hablé de todo esto con su viejo conocido —miró el sucio sobre—, bebimos y todo eso. Él me habló de usted, y por eso...

—¿Qué fue lo que dijo?

Tutzing compuso una sonrisa torcida.

—No sé si debo repetirlo.

—Desde luego. Creo que debería saber hasta dónde alcanzan sus conocimientos para hacerme una idea de a partir de qué estará usted satisfecho o defraudado. Y de lo que puedo pedirle.

Tutzing lanzó una risa hueca.

—Bueno, si insiste... Dijo que usted es un monstruo imposible, gordo, harto y perezoso; lo calificó de mezcla del gato Garfield y del Falstaff de Shakespeare, que el destino... oh no, dijo las Parcas; que las Parcas han arrojado sobre la Humanidad en forma de detective aficionado.

Matzbach estaba radiante.

—Fantástico. Así habla un verdadero amigo. ¿Algo más?

—Sí. Que ganó una vez a la lotería, compone canciones y ha inventado no sé qué, y que por eso no es fácil conseguir sus servicios. Dice que hay que sobornarlo o con mucho dinero o con algo que le interese.

—Para su fortuna —dijo Matzbach con una amplia sonrisa— me interesa. Un poquito. ¿Qué más pone usted sobre la mesa?

Tutzing miró de reojo el sobre, las manchas de café, luego volvió a mirar el escritorio repleto y los estantes, donde coexistían calzoncillos limpiamente apilados, calcetines hechos una bola y libros; luego miró directamente a Matzbach:

—¿Diez de los grandes?

—Veinte —dijo Baltasar—. Más gastos.

Tutzing gimió.

—¡Dios! Es bien caro. ¿Con qué gastos cuenta?

—En primer lugar, no es tan caro. Al menos para usted. Todos sabemos lo mal pagados que están nuestros diputados. Veinte es exactamente el veinte por cien de lo que ha heredado directamente, ¿no? Y si averiguo algo que le dé la posibilidad de ir a esa santa fraternidad y recuperar el resto de la pasta, los veinte no serán más que calderilla. En segundo lugar, en lo que a los gastos se refiere... puede que tenga que hacer alguna cosa, sobornar a gente, falsificar documentos, cosas así. Todo eso cuesta un poquito.

Matzbach pasó el resto del día embebido en el estudio —no especialmente ilustrativo— de las copias que Tutzing le había dejado.

En principio, el diputado lo había resumido todo correctamente; Baltasar no encontró sugerencia alguna en los documentos.

Por la noche, llamó a un par de personas y se citó con ellas para la mañana siguiente. Luego se sentó ante su ordenador —que para él seguía siendo un juguete relativamente nuevo— y rastreó en Internet todos los archivos electrónicos accesibles con material sobre la secta a la que se habían adherido los padres de Tutzing.

En algún momento, mucho después de medianoche, tuvo la sensación de haber ido a parar a una retardada hora de los espíritus. Miró fijamente la muerta pantalla del monitor, donde quizá se refocilaban invisibles fantasmas, discutiendo por restos de palabras. Puede que carecer de toda sustancia les dificultara el regocijo, pero no alivió en modo alguno la reflexión a Matzbach. Los numerosos impresos que se acumulaban en un escabel le parecían naipes en una partida de póker supuestamente trascendental, en la que, como en cualquier otra, se trataba de dinero, de nervios. Y, además, de algo así como el poder.

Suspirando, se levantó de la silla, sacó con los dientes el corcho de una botella de Pomerol medio vacía y llenó una copa.

—Tonterías de descerebrados —murmuró—. Teognosis políticamente correcta, bah.

Con un Pomerol y un Cohiba, medio desparramado sobre el Récamière camuflado con seda sucia, consideró sus abigarrados hallazgos.

Los Nuevos Cristianos tenían una página web rebotante de autoalabanzas y multiculturalismo incorregiblemente correcto («una página web», gruñó, «con una ranura de buzón para el correo electrónico»), en la que prometían la definitiva superación de la dispersión de las creencias, causada por una múltiple discriminación. La Trinidad cristiana —Dios paterno, espiritual y niño— era sólo un aspecto de lo Divino En Sí, como Alá y el ser innombrable venerado por los judíos con el seudónimo de Tetragrammaton, como Shiva, Kali, Huitzilopochtli, Zeus, Odín, Minerva, Manitú, Ahrimán y otros mil más. Todos los escritos sagrados y las tradiciones sin escritura eran en cierto modo copias incompletas o desfiguradas de

una Página Eterna en la que Lo Creador/Lo Divino se había revelado. Para la Verdadera Percepción de lo Divino era preciso empezar por abolir con urgencia la discriminación (en el sentido de la distinción), porque la Unidad como tal sólo se haría tangible cuando se pusiera fin a la destrucción de la Unidad causada por las lenguas, las tradiciones y azares biológicos como el sexo...

Los Nuevos Cristianos se autodenominaban en realidad Nuevos Sincretólogos, y sólo querían ser «cristianos» en tanto que sus primeras tareas habían de ser desempeñadas en el Occidente de impronta cristiana. El resto de sus mensajes estaban hechos de una mezcla cada vez más indescifrable de palabras nuevas (carentes de género y pretendidamente ahistóricas, o neutralizadoras de la Historia y el origen) y promesas, revelaciones, misiones, llamamientos, por una parte rotundos, por otra diluidos o blandengues precisamente a causa de la neutralización.

En el resto de materiales procedentes de diversas fuentes —archivos, noticias de prensa, declaraciones oficiales, redes privadas de rumorología— Matzbach encontró las cosas habituales: noticias sobre sustracciones de dinero, denuncias de antiguos sincretólogos por amenazas telefónicas y de otro tipo después de dejar la secta, conjeturas acerca de imprecisas actividades criminales...

A la mañana siguiente, Matzbach fue a visitar a un hacker que ya le había ayudado varias veces a conseguir hechos inaccesibles. Cuando hubieron establecido los terrenos y las direcciones en los que el hombre debía buscar, regatearon un rato el precio por el servicio específico. El hombre respondió a la protesta de Matzbach de que el precio exigido en euros representaba el doble de sus anteriores precios en marcos observando que no era el único que había aprovechado la conversión monetaria para adaptar sus precios... la vieja suma en marcos igual a la nueva suma en euros.

Luego, Matzbach acudió a la redacción de un periódico de Colonia, donde —una vez más a cambio de abundante pasta— hizo que un viejo conocido le confeccionara un carnet de prensa y donde se informó acerca de algunos nombres del entorno de los sincretólogos.

Por la tarde fue al Bergische Land y visitó al campesino que, según los documentos, decía haber visto un gran coche azul que había acosado al Polo de los Tutzing.

—Yo no sé nada —dijo el hombre, mientras cargaba con una horquilla apretado forraje en un remolque.

—Pero sí sabía algo —dijo Matzbach.

—Puede ser, pero hace mucho de eso; la memoria afloja —el campesino sonrió fugazmente y se apoyó en la horquilla.

Matzbach asintió.

—Sí, a veces pasa eso con la memoria. Simplemente afloja. Qué gracia, la memoria —dejó un billete de cien euros en el borde del remolque.

—Vaya —dijo el campesino—. Bueno... eh, no, por más que pienso...

Al quinto billete de cien, recordó haberle dicho a la policía que había visto algo. Al noveno, el coche fantasma se convirtió en un BMW azul —«un serie siete, mi vecino tiene uno parecido»—, y al decimoquinto se acordó de haber recibido mil euros de un hombre entrado en años, de cejas pobladas, por olvidarse de ese coche.

Por la tarde, Matzbach visitó la casa de la comunidad de los sincretólogos. Estaba —de forma religiosamente adecuada, le pareció— en una incierta tierra de nadie, de la que nadie sabía con exactitud si pertenecía a Colonia-Deutz o a Leverkusen. Un factótum más o menos mudo, sacristán, carbonero y campanero de Notre-Dame a partes iguales, condujo al periodista B. Matzbach, ardientemente interesado en los nuevos movimientos religiosos, hasta Rudolf Stein, que se hacía llamar «maestro». Por el camino, recorriendo pelados corredores, Matzbach se planteó secretas conjeturas sobre si podía tratarse de una reencarnación de Rudolf Steiner\*, de la que el «er» hubiera desaparecido en el curso de la des-discriminación.

El Maestro, un hombre entrado en años, de cejas pobladas, destiló esencialmente lo que en la página web y en los panfletos abundan-

---

\* Inventor de la Antroposofía (N. del T).

temente repartidos por todas partes del «templo» estaba formulado con tanta audacia. No quiso soltar más que la mezcla de lenguaje bautizado como «correcto» y elementos diluidos hasta lo irreconocible de todas las religiones naturales y mundiales. Aquello hervía de «neutralidad gnóstica», «efectos de lo Theon, que se manifiesta en todo» y otras notables variantes. El «maestro» estaba sentado junto a una estatua horriblemente modernista, sin rasgos en el rostro.

A Baltasar le pareció difícil preguntar directamente por los Tutzing. Cuando, después de dar extravagantes rodeos, pasó a hablar de rumores, según los cuales alguien había considerado la posibilidad de construir un Panteón, Stein suspiró:

—Los Tutzing, que nos dejaron tan pronto —dijo—. Una hermosa idea, pero desde luego del todo irrealizable.

—¿Cómo iba a ser? Y... ¿por qué dice que nos dejaron tan pronto? ¿Quiénes son?

—Meritorios miembros de nuestra comunidad; tuvieron un accidente de automóvil. De los detalles del proyecto no sé nada.

Otros con los que Matzbach entabló conversación mientras se fortalecía, antes de la «meditación común», con Valpolicella consagrado y baguette partida personalmente por el Maestro, sabían más; le hablaron de diseños para grandes salas en las que todas las manifestaciones de lo «Theon» habrían de ser honradas por igual, hasta que la unidad se hiciera al fin manifiesta a todos. Sin embargo, nadie parecía saber qué había pasado con esos diseños, y hubo más de una alusión a que «el Maestro» y Waldemar Tutzing no habían sido los mejores amigos del mundo.

—Siempre es así —dijo un hombre de mediana edad, mirando de reojo a Stein, que estaba más adelante—, cuando alguien tiene buenas ideas y otro... bueno, se enfada porque no se le han ocurrido a él.

—¿Habló mucho de eso con el señor Tutzing?

—Sí, una y otra vez; la última vez, la mañana del día en que ocurrió el accidente.

—¿Sabe usted dónde estaba el Maestro ese día?

El hombre reflexionó; luego dijo:

—Creo que por la mañana estuvo aquí. Luego se fue, poco después de los Tutzings; seguro que tenía algo urgente que hacer.

—¿Fundó él todo esto? —Matzbach hizo un movimiento con el brazo, que abarcó el templo y a todos los congregados.

—Sí.

—Y por eso es también el caudillo y guía, supongo.

—Hay procedimientos democráticos —dijo en voz baja su interlocutor—. En principio, al menos. Hasta ahora nunca se han aplicado, pero si alguien fuera más adecuado para el cargo, se podría...

No siguió hablando; Stein se acercaba despacio. Matzbach no tardó en despedirse. Tenía la sensación de no haber pasado por alto nada importante.

A la mañana siguiente fue a ver al hacker, que le presentó con una amplia sonrisa los resultados de sus investigaciones.

—¿Basta esto para amarrarlos? —dijo.

Matzbach asintió.

—Creo que sí. Honestamente, te has ganado deshonestamente tu dinero, querido.

\*\*\*

Cuando Baltasar hubo informado hasta ese punto, Tutzing sacudió la cabeza; su gesto expresaba una mediana desesperación.

—O se me ha escapado algo —dijo—, o no me lo ha dicho usted todo. ¿Dónde va a parar eso? ¿A esas cuentas de Luxemburgo?

—Por ejemplo. Sus padres no sólo tenían una cuenta en ese banco más allá de Aquisgrán, sino también una en Luxemburgo. Y allí también hay una cuenta muy bien dotada del señor Stein.

—¿Y qué demuestra eso? ¿Salvo lo evidente?

—Lo evidente es que Stein se quedaba personalmente con los fondos destinados a la comunidad de los sincretólogos. Aparte de él, nadie podía acceder a la cuenta a su nombre.

—Hasta ahí llega el secreto bancario —Tutzing hizo una mueca—. Si su pequeño hacker puede violarlo...

—No se irrite —Matzbach rió entre dientes—. No he hecho rastrear las cuentas de usted. Sino otra cosa. Esto —empujó otra nota hacia él.

—¿Qué es esto? ¿Un número de matrícula? Y la cancelación... ah. ¿Un día después del accidente?

—Exacto. Stein no sólo tiene una cuenta, sino también una vivienda en Luxemburgo. El BMW azul estaba dado de alta allí. Después del accidente lo mandó al desguace. Así que no encontraremos un guardabarros con rastros del color del Polo. Pero cometió un grave error... dar dinero al campesino para que se callara, y encima tan poco, que pude superarlo sin esfuerzo.

—¿Quiere decir que con eso se le puede atrapar?

—No me sorprendería que un fiscal que quizá tenga simpatías por usted y su partido encuentre curiosas algunas cosas —Matzbach fue contando con los dedos—: Sus padres abandonan el templo. Stein también. El Polo es empujado contra el guardabarreras por un BMW azul... Stein tenía un BMW azul; podía haberles seguido desde Colonia. Quizá por la mañana mencionaron que querían visitar a alguien en el Bergische Land. A la mañana siguiente, hace desguazar el coche en Luxemburgo. Sin el dinero que pagó al locuaz campesino, eso no significaría nada, pero con *ese* dinero... Un grave error, y completamente superfluo.

—¿Cómo es que a la policía no se le ocurrió?

—¿Ha oído hablar de la protección de datos, amigo mío? El hacker no tiene que atenerse a ella, puede trabajar espléndida y alegremente en la ilegalidad. La policía no. Hum, no debería, al menos. Supongo que simplemente no tenían nada que les llevara hasta Luxemburgo —Matzbach chasqueó levemente la lengua—. A propósito de Luxemburgo... supongo que ambos, su padre y Stein, estuvieron allí al mismo tiempo por casualidad, y Stein le observó. Por eso sabía que había más dinero del que sus padres habían dado a los sincretólogos, por eso la cháchara del castigo de Dios, eh, de lo Theon. Pero ese no fue el móvil. Para el asesinato, quiero decir.

—Sigo estando perplejo.

—Me alegre, me alegre. Bien —Matzbach se inclinó hacia delante y habló en voz más baja—. Esa idea del panteón.

Tutzing sacudió la cabeza.

—¡Pero si eso no es más que una tremenda tontería!

—Para usted y para mí, sí. Pero no para gente que cree justo en esa clase de tonterías. Mire... para mí, como agnóstico practicante, la idea de hacer la guerra en nombre de Dios o quemar gente porque tiene opiniones diferentes, que quizá difieren tan sólo en detalles, es absurda. Como sabemos, hay otros a los que esto no les parece absurdo. Encuentro simpática la idea del panteón; quizá de ese modo podríamos alcanzar realmente algo así como una coexistencia pacífica de las religiones. Hum. Después de la Iglesia, habría que separar también la política del Estado; quizá entonces podríamos vivir en paz.

Tutzing se llevó las manos a la cabeza, pero guardó silencio.

Matzbach continuó:

—Su padre... o sus padres, da igual; digamos que ambos expusieron esa idea. Nosotros la encontramos simpática o absurda, pero los sincretólogos, que defienden conceptualmente una cosa así, se entusiasman. Sin pasar mucho tiempo, habrían intentado llevar a la práctica esa idea. Y entonces, probablemente, su padre hubiera heredado-desbancado-depuesto a ese dudoso señor Stein, y asumido su puesto junto con el acceso a todo el dinero. Por eso. ¿Está claro?

—Pero, ¿cómo se le ocurrió?

—Intuición —Matzbach se agarró la nariz—. Mi olfato, en cierto modo. En los Hechos de los Apóstoles hay un suceso superficialmente similar... gente que no entrega todo el dinero a la comunidad, y es castigada por eso por el Señor, cae muerta. Naturalmente, es un disparate; si hay algún sitio en el que se encuentra una descripción precisa de los mecanismos de fundación de una secta, es en los Hechos de los Apóstoles. Así que, me dije, esta gente de Colonia sigue, sencillamente, creyendo en el castigo de lo Theon. Siempre estamos hablando de dinero o poder, aunque se use como pretexto la religión. Poder dentro del grupo, por ejemplo. Como usted, joven, en la política.

—Oh, bah. ¡Siga!

—Cuando empecé a ocuparme de los sincretólogos y sus... digamos posturas, tuve la sensación de que unos locos me estaban mirando fijamente. Si algo no es políticamente correcto probable-

mente es bueno, y la excesiva corrección política permite deducir malvados e incorrectos pensamientos. Quien pone eufemismos en circulación, cambia el lenguaje, cambia el contenido de las palabras para mejorar el mundo conforme a su modelo, acaba llamando, probablemente pronto, «auto de fe» a la quema de herejes y «limpieza étnica» o, por qué no, «purificación religiosa de la población», al genocidio. Una vez que tuve esto claro, supe, u olfateé, que la explicación tenía que moverse en ese Triángulo de las Bermudas de influencia, dinero y fe.

Tutzing seguía callado, con los ojos cerrados, moviendo la cabeza.

Matzbach añadió:

—Digámoslo así: cuanto más ruidoso es el buenista, tanto más perverso. Y esa página web es bastante estruendosa.

Tutzing abrió los ojos y dio una palmada sobre los papeles que Baltasar le había entregado.

—Pero no puedo emplear todo esto —sonaba casi a media voz—. ¿Qué cree que dirá un juez si voy a verle con informaciones ilegalmente obtenidas por un hacker anónimo?

Matzbach rió.

—No sea idiota. En cuanto las autoridades sepan dónde tienen que buscar, podrán obtener legalmente las mismas informaciones. Además, usted, un buen cristiano, con la sublime C... usted y sus colegas de las otras sectas políticas siempre han sabido modificar una Ley que molesta para que deje de estorbar su carrera, ¿no?